

El gigante bonachón

“El GGB”

El gigante agarró a la temblorosa Sofía con una mano y la dejó sobre la mesa.

«¡Ahora me comerá!», repitió la niña.

El gigantón se sentó en la silla y contempló a Sofía. Sus orejas eran de un tamaño extraordinario. Cada una tenía las dimensiones de una rueda de camión, y su dueño parecía poder moverlas hacia dentro y hacia fuera, según quisiese.

—¡Yo es hambriento! —bramó el gigante, y al esbozar una horrible sonrisa enseñó unos dientes grandes y cuadrados.

Los tenía muy blancos y muy iguales, y puestos en su boca parecían tremendas rebanadas de pan de molde.

—¡P... por favor, no me comas! —balbuceó la pobre Sofía.

El gigante soltó una carcajada atronadora.

—¡Justamente, por yo ser *gigante*, ya crees que yo es un *antofófago*! —voceó—. Pero tienes razón, porque todos los *gigantes es antofófagos y asasinos*, ¡sí! Y *poden* devorar a un pequeño guisante humano. ¡Aquí, nosotros *es* en el País de los *Gigantes*! Por todas partes hay *gigantes*. Ahí fuera, cerca, vive el famoso *gigante* Ronchahuesos. Y ese *gigante se zampa* cada noche dos de esos guisantes humanos, tan *timblo-*

rosas, para cenar. ¡Huy, qué ruido hace! El «crac-crac-crac» de Ronchahuesos se oye... ¡bueno!, en muchas *lenguas* a la redonda...

—¡Qué horror! —exclamó Sofía.

—Ronchahuesos sólo come guisantes humanos de Turquía —prosiguió el gigante—. Cada noche, Ronchahuesos corre a Turquía para tragarse un par de turcos.

Cosa curiosa, aquellas palabras despertaron el sentido patriótico de Sofía, y ésta dijo enfadada:

—¿Por qué tiene que preferir a los turcos? ¿Qué tienen de malo los ingleses?

—El *gigante* Ronchahuesos opina que los turcos son mucho más jugosos y supercaldisustanciosos. Ronchahuesos dice que los guisantes humanos turcos tienen un gustillo *muuuuuuy* bueno. Dice que... que los turcos de Turquía saben a pavo.

—¡Ah...! —contestó la niña, desconcertada.

—¿No lo sabías? ¡Cada guisante humano tiene un gusto diferente! Unos son supercaldisustanciosos. Otros, pringuichurrichientos. Los griegos *son* todos llenos de pringuichurrichientería. Ningún *gigante* come griegos.

—¿Por qué no? —preguntó Sofía.

—Ay, porque los griegos de Grecia saben mucho a grasa —respondió el gigante.

—Es posible —admitió Sofía.

Se preguntaba ella, con cierto temor, a dónde conduciría aquella conversación sobre el sabor que tenían las distintas personas. De cualquier manera, no le quedaba más remedio que seguirle el juego al gigante y reír con sus bromas.

Pero... ¿se trataba de bromas, en realidad? Quizá aquel enorme bruto no hacía más que abrirse el apetito, con tanto hablar de comida.

—Como *dicía* —continuó el gigante—, los guisantes humanos tienen sabores diferentes. Por ejemplo, los de Panamá saben mucho a sombrero.

—¿Por qué a sombrero? —inquirió Sofía.
—Tú no *es* muy lista —señaló el gigante, al mismo tiempo que movía las orejotas—. Yo creía que



todos los guisantes humanos *son* llenos de sesos, pero tu cabeza *es* más vacía que... que un canasto sin nada dentro.